

## PREGUNTA

Gustavo Zonana\*

Usos y costumbres han impuesto finalmente una imagen insulsa de la Navidad. Estos textos releen la Biblia y la liturgia. Desde su modo de decir las cosas, interrogan, intentan comprender.

## SERMO HUMILIS

...y habitó entre nosotros

Desciende. Al límite de un tiempo, a la estrechez de un espacio y de un cuerpo, al frío y al calor, al suceder de días, noches y estaciones, a la necesidad de mamá y papá, al abrazo de mamá, al balbuceo, el llanto, la risa, la caricia, la lengua de mamá y papá, el hambre y la sed.

Desciende. A la persecución, la vida oculta, a un oficio y a sentir desde el cuerpo qué significa ganarse el pan con el sudor de la frente.

Desciende. A la soledad del desierto, la predicación, al desierto de no ser entendido, a la muerte de papá y las mortificaciones de mamá, al odio, al interés, a las instituciones, al juego del poder jugando a ser nadie, a la traición del más amado.

Desciende. A ser tratado como delincuente, a la sentencia de la cruz, a los brazos de mamá con treinta y tres, nuevamente sin palabras, a la tumba, al reino de los muertos.

Desciende. A la predicación, la interpretación, el conflicto de las interpretaciones, el abuso justificado en su nombre.

---

\* Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo). Investigador Independiente del CONICET. Profesor titular de la cátedra Teoría y crítica literaria (FFyL, UNCuyo). Correo electrónico: gustavo.zonana@gmail.com

*Gramma*, xxx, 63 (2019), pp. 85-88.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161

Desciende. Al pan y al vino, a la continuidad del sacrificio en el altar hasta la plenitud del tiempo.

Desciendo. Al abrazo de mi hijo de doce, trece, catorce, ¿cuántos?, a su vida sin palabras, a la estrechez de su cuerpo rígido e indócil, a la pregunta de sus ojos.

Este dolor chiquito, tan de mamá y papá, tan humano, ¿te acompaña?

### SE NECESITAN CORTADORES DE CARNE

...y los suyos no lo recibieron

Así dice el cartel. Ochenta y siete. Carnicero, ¿sonará a sangre, impericia, crueldad? Gente hay, no alcanzan los cortadores de carne. Este año todo se ha dejado para último momento. Ochenta y ocho, ochenta y nueve. Gente hay porque es bueno cumplir con la costumbre, aunque cueste, mañana se verá... Cada cortador se toma un respiro. Uno gestiona con elegante parsimonia su renguera. Noventa. Otro exhibe en su cara las huellas de una quemadura. Un tercero desaparece en las cámaras. ¿Cuál atenderá? Faltan dos horas para cerrar y ese tiempo se les nota en las ganas de irse. Mañana hasta las 18.00 y pasado hasta las 14.00. Noventa y uno, dos. Un Papá Noel de Taiwán, en tamaño real, con un saxo de plástico dorado en las manos, menea sus caderas al ritmo de una melodía de género incierto. Noventa y tres... noventa y tres. Hay quien prefiere lo frío —con este calor el pavo, las castañas y todo el escenario de los lugares fríos en diciembre, la nieve que adorna el arbolito, en fin, no va— y elige el peceto o el lomo de cerdo. Los ortodoxos respetarán lo caliente —un costillar o algo que pueda tirarse a la parrilla desde la tardecita—. Y si el presupuesto no da, serán los sanguchitos, hay buenas promociones. Noventa y cuatro, cinco, seis. ¿Habrán quien aguarde el nacimiento? El día en que supuestamente sucedió, muchos siguieron con sus asuntos, sin el mayor interés, dicen. Es siempre así. Noventa y siete. La idea es reunirse. Noventa y ocho. La idea es que todos puedan festejar, sin revuelo. Noventa y nueve. Aunque no se entienda esta fractura, la idea es, a media noche, sentir alguna emoción que inspire el brindis, el abrazo, el llanto, tal vez. Cero.

## LOS SANTOS INOCENTES

...y las tinieblas no la recibieron

En un país de ensueño los dedos de la aurora sonrojan el amanecer.

En un país de ensueño los inviernos traen nieve para jugar y tías con chocolate caliente y alfajores de maicena.

En un país donde los niños sueñan los arroyos guardan el secreto de la nieve durante el verano y bajan muertos de risa y duermen la siesta en remansos de rosa silvestre y musgo.

En un país donde los niños sueñan un espantapájaros les dice palabras tiernas en secreto.

En el país donde los niños sueñan Joana sale a la escuela con su mochila rosa y se pierde en el reino de nunca jamás.

En el país donde los niños sueñan el lobo feroz almacena imágenes en su pc.

En el país donde los niños son privilegiados Mauro recibe el mensaje de un desconocido.

En el país de ensueño Pedrito es un número de una estadística muy triste.

En el país donde los niños sueñan el perseguidor arranca las flores en el umbral de su vida.

En el país donde los niños son privilegiados el viejo de la bolsa juega a las escondidas detrás del junípero.

En el país donde los niños son privilegiados Raquel llora a sus hijos sin consuelo porque ya no están.

En el país de ensueño los cuerpos infantiles sangran y las almas ¿habrán eludido el lazo de los cazadores?

En el país de los sueños, ¿qué himno entona el silencio de los niños humillados?

En un país de ensueño la aurora tiene los dedos pintados.

## EPIFANÍA

...vino como testigo para dar testimonio

Se ha manifestado.

No lo anunció una estrella. Lo anunciaron los diarios, la televisión, las radios, los teléfonos.

Permaneció en el comentario (qué terrible, qué atrocidad), en el sollozo humanitario de minutos, de días acaso.

Aún puede verse. Digamos con palabras la escena. En una playa, un policía turco recoge un cuerpo inerte de tres años. Se llama Aylan Kurdi.

Si la memoria nace a los tres años, ¿recordará su habitación, su cuna, la camita de su hermano, las canciones para tomar la leche o acostarse?, ¿recordará el perfume de un jardín, un fragmento de noche en la ventana, vecinitos que corren por la calle?

Tal vez recuerde un horizonte rojo y un ruido que enmudece los gritos de mamá, tal vez recuerde a los vecinos que han dejado de correr y un camino con bolsos apurados, tal vez recuerde cómo moja la lluvia a cielo abierto, tal vez recuerde las manos de papá que lo agarran y hacen doler sus manos, tal vez recuerde cuánto tiempo esperaron la balsa y cómo los subieron, tal vez recuerde la cara de mamá cuando la obligan a tirar sus bolsos y recuerde, y posiblemente ese sea el último recuerdo, cómo esta ola los separa a él y a su hermano del abrazo de papá.

Hola Aylan. Liliana Bodoc me pidió que escribiese tu poema, hace ya más de un año. Llego tarde. Ella ahora tampoco está.

Soñemos encontrarnos hoy.

¿Jugamos a desandar la memoria?

¿Jugamos a volver?